HERENCIA, MISERIA Y PROFECIA DE LA MAS JOVEN POESIA CUBANA

POR

OSVALDO SANCHEZ

UNEAC

La literatura, para su inmortalidad, apela a ese recurso de consagración que Henri Miller llamara *la mentira griega*: un murmullo físico entre el presente histórico y la leyenda. En Cuba, la generación literaria de los ochenta —aventajada por haber crecido en la heroica cotidianeidad de la Revolución y en la defensa de sus perspectivas— es, en su mayoría, generación de poetas, comprometida en la facturación consciente de lo consagrado, entre la riesgosa frugalidad del día y el resplandor salvaje de la trascendencia.

Para una primera presentación, lo óptimo serían los textos desnudos. No obedecer a la sabiduría académica que en casos de «literatura en formación» aconseja la táctica del pavo real: «una actitud informativa». Si la entrega no va a ser total, es preferible la franqueza de los límites. De ahí que prioricemos su herencia, su miseria, su profecía. También hoy:

El programa es ambicioso y estamos sujetos únicamente a nuestra voluntad y a nuestro trabajo. Si no cumplimos, no podremos invocar excusa alguna. Pocas veces tantas condiciones se reunieron para propiciar la aparición de un fuerte movimiento literario. Pero eso requiere tiempo. La literatura es una planta rara a la que los apremios y el exceso de protección pueden dañar tanto como la desatención y el abandono ¹.

Las herencias literarias, como los atletas negros, los *sex-masters* y las cucarachas, se recuperan fácilmente. La poesía de los ochenta ha asistido

¹ Lisandro Otero, «Literatura y Revolución» (1966), en *Trazados* (La Habana: Ediciones UNEAC, 1976).

a sucesivas recuperaciones de esta herencia, y a su hora también la ha negado imitando, con el retraído optimismo del criminal, el gesto atávico con que una generación padece a sus antecesores.

Hacia finales de los sesenta, la proyección voluntarista de la crítica literaria —personal o institucionalizada— y el mecanismo ideológico en la evaluación de una poesía revolucionaria lastraron las conquistas expresivas del *conversacionalismo* de la generación del *Caimán Barbudo* ²; al reducirse —también en la visión de los autores— su perspectiva personal a monólogo, su intransigencia a disyuntivas falsas y su productividad a la concesión formal y a la didáctica panfletaria ³.

Muy pronto los poetas más representativos de esa generación —Raúl Rivero, Luis Rogelio Noguerras y Guillermo R. Rivera— ironizaban sobre sus propios lugares comunes. En 1970, la poesía había transitado ida y vuelta el camino entre «las tetas de Bárbara» ⁴ y el *Zeitgeist* de la Revolución. Una sospechosa plétora de poetas —comparable a la actual— ponían en crisis, por abuso, la validez de una estética tan operativa. Hasta los funcionarios empezaron a escribir; todo el mundo escribía. Los iniciados tenían para sí el recién despejado espacio editorial. Los poetas de los ochenta, aún adolescentes, sintieron el peso monolítico de esa avalancha, acreditada por el fácil parloteo de una cotidianeidad rebajada a crónica insulsa. La profusión creó confusión. «La fórmula ideal para un joven poeta» era «la antipoesía otodoxa, rebelde, juvenil, novedosa, atractiva» ⁵. Sólo una virtud contenidista salvaba todavía la poética de esa promoción: el *esprit* de aguda jodedera —brillante en el primer Raúl Rivero— y el *University wits* —pleno de refinamiento intelectual en Luis Rogelio Noguerras—. A excepción del febril retraimiento de Lina de Feria, las canciones de Silvio Rodríguez y otros pocos textos aislados, lo demás era el *kermesse* de las evidencias.

La esperada negación fue un breve paréntesis de «bucólica» revolucio-

² Publicación mensual primero y quincenal después que agrupó a los jóvenes intelectuales más importantes de esa generación en su primera época (1966-1968), sirviendo de tribuna polémica y de definición estética y artística a sus escritores. Todavía se mantiene como publicación cultural mensual.

³ Guillermo Rodríguez Rivera esbozaría la situación al reconocer «cierto espíritu autocomplaciente» y el olvido de una «constante exigencia que supone la conformación de una actitud revolucionaria; para mal, porque toda programación en literatura corre el riesgo de convertirse en retórica, generar su propia caricatura y agotarse» (*Ensayos voluntarios* [La Habana: Letras Cubanas, 1984], pp. 108-109).

⁴ Poema antológico de Víctor Casaus titulado «Bárbara».

⁵ Del poema de Guillermo R. Rivera titulado «Para ser un poeta social, elija entre las fórmulas siguientes».

naria apodado *Tojosismo* ⁶. Entre la edición de las *Obras completas* de Nicolás Guillén (1973) y la muerte de Lezama Lima (1976) se generalizó la búsqueda de ese remanso lingüístico donde la metáfora, todavía sigilosa, volvía «como el venado vuelve, oteando el sitio en donde fue espantado» ⁷. Jóvenes poetas de procedencia campesina, educados por la Revolución en la capital, volvían a sus fuentes nutricias con temas de sensibilidad montuna y ese *tempo cantabile* que se esquematiza como *lírica* ⁸.

La muerte de Lezama fue el disparo de *start* para la huida del lugar común. «El único modo de decir todo» dejó de ser «decir todo» ⁹. Los «tojosistas», ya consagrados en 1976, hicieron meta inicial con los poetas de los ochenta que entonces publicaban sus primeros textos. Sin embargo, pronto «los jardines se quiebran al contacto» ¹⁰ y los «tojosistas», en su mayoría, vuelven a la obviedad prosaica de la antipoesía. Otros pocos, todavía jóvenes, entraron —por matrícula obligatoria— en la generación de los ochenta camuflados en temas íntimos; unos revelándose como conversacionalistas tardíos y otros, con su debilitada vocación sentimental —de un panteísmo neorromántico—, han engrosado la veta melodramática, ese bajo continuo de la poesía joven más convencional.

La huida del lugar común, por la generación de los ochenta, fue una expedición apóstata. Paradójicamente, no se huía del conversacionalismo —como se temió—, sino de recursos lingüístico-formales degradados por el corifeo de «poetas» promocionados por concursos sindicales y antologías de iniciados. Al esquivar —por lógica negación— las contribuciones de la promoción del (primer) *Caimán Barbudo*, la poesía joven de los ochenta arrastraría como incompetencia fundamental la falta de rigor lógico, constructivista y funcional, presente en la diversidad de estructuras de los mejores poemas de Luis Rogelio Nogueras y de Guillermo Rodríguez Rivera. Asimismo, se desatendió la afición prosaica y a la vez selectiva, llena de demonio y de desenfado vital apreciable en *Papel de hombre*, de Raúl Rivero ¹¹, calidad mucho tiempo ausente —quizá por pretensión—

⁶ Del vocablo *tojosa*: paloma silvestre de los campos cubanos. El término de bautizo le ha sido atribuido al narrador cubano Omar González.

⁷ Del poema «De regreso a la tierra», título homónimo de la obra novel del poeta Osvaldo Navarro, el «tojosista» más representativo de los setenta.

⁸ «Con el paisaje retornan a la poesía algunas estructuras estróficas que antes habían sido desterradas por los conversacionalistas: la décima en primer lugar y, en menor medida, el soneto y el romance» (Arturo Arango, «Tres preguntas iguales y una respuesta diferente», en *La brújula en el bolsillo*, núm. 5 [México, enero 1983], pp. 10-11).

⁹ Del poema de G. R. Rivera «Para ser un poeta social...».

¹⁰ Sección del libro de poemas *Limpio fuego el que yace*, de Roberto Díaz, quien, iniciándose en el «tojosismo», tomó después la agotada vertiente prosaica de una antipoesía de estrecho referente político.

¹¹ Libro que mereció el premio David de Poesía en 1969.

de nuestra poesía contemporánea, con la única otra excepción de un poeta tan poco atendido como Virgilio Piñera.

La generación de los ochenta hilvanaría con la generación del *Caimán* a través de la poética de Silvio Rodríguez, que los jóvenes sí asumirían como «una revolución literaria»¹²; si bien con desniveles, ésta facilitaría una «militancia» metafórica nada dogmática, un lirismo de aliento vallejiiano, lúcido, exuberante, intenso, heterodoxo.

Todo esto influyó para que los poetas más jóvenes del presente decenio revalidaran algunos recursos del lenguaje coloquial desde la herencia literaria de la Generación del Cincuenta —también llamada Primera Generación de la Revolución Triunfante—, donde lo convencional «busca el aliento de la confesión o del diálogo y alcanza intensidad y densidad lírica en los poemas iniciales de Pablo Armando Fernández y Fayad Jamís»¹³ y también en —una de sus otras vertientes— donde se extravierten «los nexos con la poesía social y neorromántica derivada del vanguardismo, que tiene su máximo representante en Roberto Fernández Retamar»¹⁴. Junto a estos tres poetas —destacando Fayad—, fueron esenciales para los jóvenes algunos libros claves de esta generación como *El justo tiempo humano*, de Heberto Padilla; *Poemas del hombre común*, de Domingo Alfonso; *La piedra fina y el pavo real*, de Miguel Barnet; *Vivir es eso*, de Manuel Díaz Martínez, y *Agradecido como un perro*, de Rafael Alcides¹⁵.

Las heredades y correspondencias entre los cincuenta y los ochenta fungen como urgencias expresivas comunes, pero también como motivaciones personales que encuentran fácilmente su paradigma en la muy variada y estratificada Primera Generación de la Revolución Triunfante. El patrimonio imperativo sería esa misma necesidad de «un objetivismo que no excluyera el lirismo»¹⁶ a través de «construcciones parabólicas profundamente éticas, donde historia y mito se iluminan mutuamente»¹⁷. Muchos jóvenes poetas operan en la conversión de lo cotidiano en mitopoiesis más o menos densas, íntimas. La joven poesía aspirará a una acumulación

¹² En su artículo «poesía y canción en Cuba», G. R. Rivera disiente con discreción del protagonismo de la Nueva Trova —en este caso de Silvio— como la alternativa creadora más válida una vez cerrados los sesenta en el terreno de la poesía.

¹³ Teresa J. Fernández, *Revolución, poesía del ser* (La Habana: Ediciones Unión, 1987), p. 51.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ No se incluyen poetas de la importancia de César López o Antón Arrufat, ya que los mismos apenas publicaron durante toda la década de los setenta.

¹⁶ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones* (La Habana: Ediciones Casa, 1975), p. 123.

¹⁷ Teresa J. Fernández, *op. cit.*

vivencial e intelectual similar a la de los poetas mayores de los cincuenta; esto los marcará a muchos con un halo «intello», mundano, cultista, no siempre bien sedimentado.

Ambas generaciones literarias se verían tentadas por la omnipresencia temática y tonal —sacrílega en los ochenta— que incluye zonas poéticas disímiles y no prestigiadas por las preferencias del cuarenta ni del setenta. El carácter afirmativo y testimonial, de sentida responsabilidad ética ante la consagración de lo cotidiano, así como la voluntad de una voz única, de fuerte personalidad, (auto)mitificadora, plena de entrega (whitmaniana), que abarca la historia, el pasado personal, la existencia del poeta y sus vibraciones contextuales, serían perspectivas de lo conversacional a renovar por apropiación en la poesía joven de los ochenta.

Ninguna otra generación era tan oportuna —por su vastedad de criterios, su avidez informativa, su esmerada intelección— como la del cincuenta para dejar como herencia sus propias y decantadas predilecciones literarias a la más joven poesía. Sorprende comprobar cómo las influencias de la literatura universal para los poetas de los ochenta son exactamente las mismas que para sus mayores ¹⁸.

La década del ochenta en Cuba y su generación literaria —en bloque— tendrían la posibilidad histórica de salvar las dicotomías poéticas y coyunturales entre la Primera Generación de la Revolución Triunfante y los poetas de la revista *Orígenes* ¹⁹. Pasada la tempestad, los jóvenes nadarían asombrados en torno a ese «caracol nocturno en su rectángulo de agua» que es la poesía de Lezama, reivindicándole en obra y palabra. La aspiración filosófica y la filigrana textual serían asumidas como la decantación de una poética terrible, capaz de convertir a sus discípulos en adictos. Hoy no faltan en algunos jóvenes poetas las mismas o parecidas «evocaciones hiperbólicas que funden lo real con lo onírico», «ese lujo de imágenes», «las violentas elipsis» ²⁰. La grandeza de Lezama —a diferencia de la de Guillén— es absorbente. Resistirla es, para un joven escritor, transhumar «el misterio cuadrado que se salta el caballo» ²¹. Con más ecos e influencias entre nosotros está «ese breve domingo de la forma» que es la poesía de

¹⁸ Véase Teresa J. Fernández, *op. cit.*, p. 49. Otros poetas que no se mencionan, pero que son confluente en el gusto de ambas generaciones, son Rilke, Saint John Perse, Ginsberg, Evtushenko, Cavafis, los italianos de posguerra, Ritsos, Emily Dickinson, Gil de Biedma y otros.

¹⁹ Revista publicada entre 1944-1956 por José Rodríguez Feo y Lezama Lima. Aunó dos promociones de poetas, su estética estuvo marcada por un afán trascendentalista, por el barroquismo del lenguaje en una búsqueda intuitiva y mística desde el reino de la imaginación.

²⁰ Pedro Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura cubana* (La Habana: Ediciones Arte y Literatura, 1979), p. 512.

²¹ Dedicatoria de su libro *Paradiso* a un notable poeta recordándole sus inicios.

Eliseo Diego ²², el «origenista» más asimilado por su prudencia tropológica, su intimismo familiar y su concreción ontologizada por «la rutina del tiempo». Es justo señalar que la herencia de *Orígenes* ha sido antídoto contra el lastre antipoético subyacente en la retórica de los medios masivos; ha sido rectificador, pero también liberador en su apertura hacia búsquedas formales más ambiciosas tras esa aventura cubana de la forma que fue *Orígenes*, nunca antes —y no tanto después— experimentada por nuestra poesía contemporánea. Los ochenta son hora de síntesis ante las sucesivas abundancias y penurias lingüísticas, cuya elevación a la maestría y a la reclusión fervorosa han conformado el estilo de cada una de las generaciones poéticas, contrapuestas y consumidas o consagradas por y para sus sucedáneos:

El porvenir y yo nos vamos a reír...
como si fuésemos perfectos,
como si fuésemos perfectos ²³.

Sin filiación a una publicación periódica propia que la arrecie, y usualmente amalgamada a poetas intermedios más establecidos, la más joven poesía existe como novedad cultural apenas en virtud de ser debatida y presentada —como horneada— por críticos solidarios en ponencias de buena intención, pero que no rebasan el gesto introductorio o la alusión programática ²⁴. Esta fe de existencia está lejos de catalizar en un espacio social propio. Hasta el momento, la poesía de los ochenta no ha dejado de ser operada como una entealequia muy funcional en el debate cultural de estos últimos años; pero esto —aunque útil— ha disipado la aquilatación de sus méritos, la solidez de su presencia y la urgencia de sus roles potenciales.

Antes de franquear sus miserias, abreviemos reseñando, sin pretensión de decálogo, las aproximaciones críticas que han ido caracterizando a esta generación. Se incluyen aquellas generalidades aceptadas por consenso en ardientes debates, algunas otras canonizadas sin el honor de la duda y/o

²² Finá García Marruz, *Hablar de la poesía* (La Habana: Ediciones Letras Cubanas, 1987), p. 396.

²³ Ramón Fernández Larrea (Bayamo, 1958) ha publicado *El pasado del cielo* (Ediciones Unión, 1987), del poema «El pájaro de fuego».

²⁴ A continuación mencionamos los trabajos críticos más relevantes sobre la poesía de los ochenta: Arturo Arango, *op. cit.* y «¿Existe una nueva poesía social?», en *El Caimán Barbudo* (La Habana: Ed. 209, 1985); Basilia Papastamatiu, «Exploraciones temáticas y éticas de la más joven poesía cubana» (ponencia al Coloquio sobre Literatura Cubana, La Habana, 1981); Mónica Mansour, «La nueva poesía en Cuba» (ponencia a la Conferencia Internacional sobre Literatura Cubana, La Habana, septiembre 1984); Víctor Rodríguez Núñez, «En torno a la (otra) nueva poesía cubana», en *Unión*, núm. 4 (La Habana, 1985).

revocadas aquí sin muchas explicaciones; las menos, se mencionan porque sus tanteos entusiasman en tanto representativos de la vanguardia expresiva de esta nueva poética.

Abarca a los poetas nacidos entre 1955 —fecha de apertura al paréntesis generacional— y 1968, hasta el momento. Se incorporan poetas nacidos entre 1946 y 1955 que han violentado sus formas expresivas o que fundamentalmente han desplazado sus puntos de vista hacia el terreno temático de la responsabilidad moral, *sine qua non* contenidista de la generación de los ochenta. El problema de la responsabilidad moral, como centro, sistematiza el énfasis valorativo, cuestionador, crítico de la más nueva poesía:

es difícil vivir sobre los puentes...
y no aparece el esplendor
esto es también el esplendor
pero tampoco,
la cegadora luz estará más adelante ²⁵.

No existe una estética predominante. En algunas críticas se ha hiperbolizado la recuperación de cierta densidad tropológica. No es la estilística hermética, plena en provocaciones metafísicas, la predominante en los ochenta; más bien ésta ha sido manipulada por los poetas en función de diversificar los recursos presentes en los varios niveles de narración que asume un mismo poema:

se apuesta a los caballos a la sal a los hombres
puedo contemplar las vigas que empiezan
a resentirse por el peso de los años
las vigas han de ser reforzadas
las profundas pasiones que hacen ligaduras y arden
en el cuadrado del infierno
que es una herradura ²⁶.

La existencia subrayada de varios niveles de lenguaje y de realidad en el discurso propicia el paradigma, la profusión de elipsis y de ejes traslaticios, las maromas intertextuales en un mismo texto:

Un domingo. Un domingo nuevo.
El canto de las distancias
látigos de distancias como el tiempo

²⁵ Ramón Fernández Larrea, *op. cit.*, del poema «Poema transitorio».

²⁶ Reina María Rodríguez (Guatao, 1952) ha publicado *La gente de mi barrio* (Ed. 13 de Marzo, 1976), *Cuando una mujer no duerme* (Ed. Unión, 1982) y *Para un cordero blanco* (Ed. Premio Casa, 1985), del poema inédito «Las vigas».

un tiempo en que las nubes
 sean insectos de fina hierba, no perdidos.
 Oh nube no olvidada
 una memoria, un dueño, un ídolo.
 Un niño insomne nombrando las cosas
 con su paso torpe
 con una voz que tropieza
 a través de un jardín... ²⁷

En la poesía de los ochenta es preciso delimitar la calidad *lírica* a la intimidad de la voz narrativa, al desgarramiento implicativo, a veces confesional en su desmesura autocrítica; pero en esta poesía nunca la situación ni la acción son «líricas», más bien provocan con lo duro, lo desacralizador, lo espectacular, el límite:

Molesta ser un ángel
 en la hipócrita fiesta de los cuerdos
 ser infiel
 a la necesidad de ganar la cabeza
 emborracharse
 inventarse un teniente...
 molesta ser un animal
 sus trampas
 su cabeza de ciervo... ²⁸

Predomina una visión analítica que rehúye el afán de síntesis de la generación del *Caimán*. La lógica está instrumentada más en términos de búsquedas de solución que de hallazgo patentado. La visión analítica se complejiza con un lenguaje esencialmente connotativo. Sugerir es su consigna:

La mayor parte de la gente tiembla
 por la experiencia banal que constituye un día
 una mirada, una mirada de beautiful ragazzino totally hot
 y ni siquiera culpable
 pasando su mano oscura sobre la nuca recién afeitada
 por la sal acumulada en las cejas en el brillo
 de los pies, anchos, firmes sobre la arena húmeda.
 Ah, mi conciencia de sexo.
 La mayor parte de la gente compra ²⁹.

²⁷ Raúl Hernández Novás (La Habana, 1948) ha publicado *Enigma de las aguas* (Ed. 13 de Marzo, 1982) y *Da Capo* (Ed. Unión, 1985).

²⁸ Marilyn Bobes (La Habana, 1955) ha publicado *La aguja en el pajar* (Ed. Unión, 1979), del poema inédito «La amante del teniente francés».

²⁹ Osvaldo Sánchez (La Habana, 1958) ha publicado *Matar al último venado* (Ed. Unión, 1982), del poema «Esta forma de vida necesita sexo».

La presencia autobiográfica —buscando al «nosotros» en el «yo»³⁰— sirve de apoyatura a una otra dimensión, histórica —bien disimulada—, presente en la conciencia inequívoca que tiene el poeta de la trascendencia ideológica de toda voz individual como activadora de la participación colectiva en el cambio:

Tiburones pocos
Sardinas muchas
No siempre la sardina es alimento
un sueño intrincado
madre madera vieja gorda sentada confusión hombre parado
... Tener seres dentro ilegibles aún
ojos cansados te dicen vive
sin ser sólo alimento
tú tienes gente dentro de nuevo y dormir es quedar solo³¹.

En las situaciones se evita lo anecdótico, pero hay una fuerte concreción escenográfica: la presencia tributaria del detalle, la objetualización de la existencia a partir del entorno personalizado por la elección de las cosas a nombrar:

... El amor está abriendo su lata de conservas
Los soldados recogen margaritas³².

Insistencia en el factor tiempo, explicitado en la peripecia —la acción siempre precisa su momento—, pero a la vez se eleva a la atemporalidad, como nivel de realización profética de la situación producida:

Van a pasar de nuevo las familias y los hombres
que recogen la basura, los carteros, los soldados que durmieron esta noche
con sus novias
mientras los años pasan³³.

Se trata de una poesía urbana, aunque no del todo capitalina. De la aspiración cosmovisiva del barroco americano, exuberante e intelectualizado por los arcanos mayores de nuestra literatura, se pasa a una conciencia estética menos apriorística y más contemporanizada: la calidad ecléctica de nuestra cotidianeidad. El barroco dejó de ser una coartada periférica

³⁰ Mónica Mansour, *op. cit.*

³¹ Tania Bruguera (La Habana, 1967), del poema inédito «Acertijo».

³² Sigfredo Ariel (Santa Clara, 1962) ha publicado *Ah, si no tuviera la ambición de ese tímpano* (Ed. Unión, 1987).

³³ *Ibidem.*

para la discreción episódica o el pasatiempo dinástico de ese monstruo de lo imaginario que ha devenido el escritor tercermundista. Tal vez sólo sea una negación *post-boom*, pero la elección parece irreversible:

buscaba tal vez
pero ya nada es antiguo ni solo
la proximidad de sus formas me impide la ilusión
entre tantos objetos sin fin ni destino
conformes en su silencio
en la rutina de no ser
amontonados ³⁴.

En un juego lógico, con mucho de *koan* budista, Günter Grass afirmaba que «todo poema de valor es siempre un poema de circunstancia, pero que también todo mal poema es un poema de circunstancia». De ahí que sería exagerado sugerir que un *sujet* común —como la responsabilidad moral— sea capaz de diseñar por sí solo todo un abismo para la poesía de esta generación. Hablar de miseria en nuestra poesía implica cuestionar el terreno de su actividad ideológica: la esfera moral, como substrato conceptual de esta poética.

Sobre la joven poesía cubana se declara que «el momento central e irradiante de su contenido lo constituye la ética» ³⁵. Se trata de la primera generación literaria para quien la Revolución no se avisó como una aventura o como una amenaza, como una utopía o un abracadabra. La Revolución estaba ahí y era su realidad posible ³⁶. Crecida en el compromiso de alcanzar el *status* áureo del humanismo socialista: el hombre nuevo, tanto en el orden filosófico como en el práctico, esta generación literaria tuvo de corolario, en el manejo del «Che», «la primacía de toda verdad científica o artística sobre toda otra razón». Esto marcó su ideología y su actividad creadora. El contenido profundamente humano de los principios de la Revolución y la difícil tarea de la construcción del socialismo complejizan la respuesta y la conducta del hombre ante las contradicciones de la praxis (lo cotidiano) en relación a la consecución de los valores absolutos de su ideal humano. Al asumir el problema de la responsabilidad moral como máxima, nuestra poesía revelaba, anticipándose a otros medios expresivos, la jerarquía problemática de los conflictos de conciencia en el marco del sistema de valores, la dialéctica de los intereses sociales con los individuales, la opinión pública y las tácticas y prioridades de orden político y su repercusión en la esfera moral.

³⁴ Reina María Rodríguez, del poema inédito «Paraíso. Tiendecita *Monte*».

³⁵ Víctor Rodríguez Núñez, *op. cit.*, p. 28.

³⁶ *Ibidem*.

¿Dónde está la miseria? La poesía de los ochenta no ha logrado aún colocar el problema del hombre cotidiano a un nivel filosófico, es decir, elevándose más allá del rasante fenoménico de la actividad ética —la conducta y su enjuiciamiento— para profundizar acerca del debate del hombre sobre sí mismo, su esencia y su posibilidad. La intención es opinante, pero falla en intelectualización. La esfera ética no agota la complejidad de lo humano. En los ochenta —con el mérito de centrar su atención en esta urgencia— escarcean enfoques de más elegancia intelectual, más polémicos en sus verdades, más implicantes en sus interdependencias, más fundamentados en sus preguntas. Asimismo, la precariedad del espacio social que usufructúa la joven poesía, amenazada y descontextualizada por la retórica de los medios masivos de comunicación, no puede disimularse como un lujo. El *potens* de nuestra poesía —su incitación a la reflexión sobre nuestros valores espirituales— es la corona de sal que menosprecia el rey Midas: la televisión, la radio, la prensa y últimamente hasta el cine replican con azogues más complacientes y menos nítidos. Esa indigencia improductiva a la que ha sido encomendada la expresión poética obliga a la poesía de los ochenta, en su locación de abyecta, a una tensión reflexiva sobre su identidad ritual, no corrompida, decimonónica, que engalana a nuestros jóvenes poetas —en entrega y en iluminación— de poetas antiguos.

Hoy, el tiempo de ceremonia es breve como un *video-clip* y la profecía ha perdido prestigio. Expresar contenidos inéditos se ha vuelto para la poesía de los ochenta una compulsión, romántica en su descarga febril, que ha viciado a las obras —con estructuras ansiosas, aditivas y sin rigor lógico, así como de una saturación egotista de emocionalismo— y a los autores —que más que como talentos de intelecto fundamentado laboran como temperamentos literarios en ocasionales ejercicios de confesión *nai-ve*—. Si bien no confundimos medio con mensaje, la generación de los ochenta tiene el peligro de reducir su testimonio a un humanismo filigranado en la soledad al verse segregada de una calidad comunicativa ampliada donde verificar y comprometer sus búsquedas.

La poesía de los ochenta existe y resiste en su fortificada exclusividad editorial. No es usual en país alguno que un poeta de veinte años publique —como nuestra inmensa mayoría— su obra novel en una tirada de cinco mil ejemplares. La cómoda torpeza institucional ha sido dar prioridad y reducir a la labor editorial el compromiso para con la poesía en las postrimerías de un siglo que ha pasado por las experiencias de contagio más alucinantes.

Otro indicio de miseria está en las búsquedas expresivas. Los poetas de los ochenta alientan su esmerada vocación formal, la diversificación de

recursos y voces, la ambición por definir mitopoiesis complejas en signos y mundos visuales. Ahora bien: no se puede afirmar que estas búsquedas —todavía endeudadas de cerca con *Trilce*— logren, en sus efectos más estridentes, escapar al lugar común de la vanguardia de los cuarenta. La expresividad, poderosa y sagaz de esta generación en su desbordamiento, no se concentra perfilando su oficio en hallazgos de un mayor rigor teórico. Nuestra poesía no se ha cuestionado los movimientos literarios de los últimos veinte años. El neoconcretismo, el conceptualismo, el minimalismo, el posmodernismo, con sus propuestas, muchas convertidas en retos, siguen ajenas a la propensión intuitiva de los ochenta y su experimentación —¿por compasión al lector?— timorata y muy por debajo de sus propias cargas.

Como en décadas anteriores, la poesía sigue enclaustrada en su horma de género clásico, sin violentar sus relaciones comunicativas y sus complejidades expresivas con otros medios. Ni vídeo, ni electroacústica, ni *performance*, ni *happening*, ni teatro pobre, ni multimedia. La poesía se reduce a una técnica, con medios muy precisos, gutemberguianos, y no como un nivel de discurso capaz de asimilar cualquier otra técnica o manipular otros lenguajes ³⁷. Más que avanzar en sus posibilidades expresivas —fuera de los medios tradicionales de la literatura—, los poetas de la década de los ochenta han intentado crecer en sus referencias textuales. Es cierto que se trata de un momento de antropofagia importante: nuestros meridianos culturales se han ensanchado, pero también en esa asimilación hay un afán de otras vivencias culturales traídas por la emoción rutilante o por la incorporación fortuita y no como la huella de un proceso lógico y orgánico de sedimentación intelectual.

Si bien la batalla por la herencia ya fue dada, enfrentarse a sus propias miserias es por ahora el reto mayor para una poesía aventajada en momento y en compromiso. Si es posible hablar de sus limitaciones es por la realeza de su coto. A la poesía de los ochenta le falta descubrirse a sí misma, poseerse sin pudor en el espejo de su proyecto histórico, en la crítica de su razón impura. Asumamos la profecía como el desarrollo de esa posesión ³⁸:

Galleta dulce que puede hacerme regresar
a la vida seria y eficaz de las hormigas cortadoras de hojas
a la vida seria y eficaz
al suspiro serio y eficaz del hombre
que trata de tender su cama con el cuerpo de una paloma ³⁹.

³⁷ Únicamente el joven poeta Carlos Alfonso ha incursionado en recitales y poemas concebidos con percusión y música de teclado electrónico.

³⁸ George D. Thompson, *Marxismo y poesía* (La Habana: Ed. Arte y Literatura, 1978).

³⁹ Omar Pérez (La Habana, 1964), del poema «Pan dulce baja para mi horno paraíso».

La reverberación creativa de esta década en Cuba no es adventicia ni en circunstancia ni en multiplicidad de géneros artísticos. El creciente *establishment*, también de nuestra poesía, no sabe desligarse de la fina voracidad con que aquí se rumian necesidades espirituales no usualmente exigidas como alimento en países tercermundistas, y estas necesidades se expresan en nosotros más en el orden de la creatividad que en el creciente nivel de consumo artístico que caracteriza a otras sociedades cultas.

San Juan y Martínez, Placetas, Palma Soriano, Cabaiguán, Holguín, Manicaragua, Amarillas, Moa, Manatí, Troya, Corralillo, Guines, San Nicolás de Bari, Jagüey Grande, Baracoa..., versiones trastocadas y locales de *Macondo*, tienen una nueva y violenta generación de Melquíades, quienes, abriendo los anales de la década, han anunciado ya el diluvio de la palabra. No deja de ser profética la certidumbre de Vasconcelos en torno a que sólo una gran producción literaria sostiene a una literatura, y sólo una literatura puede decantarse y revelar sus genios. Nuestros ochenta, en el límite interno de esta situación, seguramente cerrará la década con la explosión de nuestra tercera vanguardia artística del siglo xx.

Por su parte, la poesía de los ochenta ya viene premeditando sus «clásicos». Reina María Rodríguez, Hernández Novás —bien antologadas sus copiosas producciones literarias— y Angel Escobar exhiben una obra sólida que, a pesar de ellos mismos, los sitúa como a figuras ya claves en la historización de nuestra poesía. Otros muy jóvenes, como Omar Pérez (1964), Pedro Yanes (1963), Tania Brugueras (1967), Carlos Alfonso (1963) y Sigfredo Ariel (1962), «pisan el césped» con pies de seis dedos, marcando pautas muy renovadoras en la expresión poética cubana de los últimos cinco lustros.

Es de esperar la contribución de otros poetas de esta generación a la narrativa de los próximos años. Una eclosión novelística se prepara sin bullicio. Tal vez por rutas no habituales en el género trabajan Efraín Rodríguez, Zoe Valdés, Roberto Méndez, Marilyn Bobes, Soleida Ríos, Chely Lima y Osvaldo Sánchez.

Una asombrosa promoción de poetas mujeres en los ochenta, de muy alta calidad, queda constatada en las tres antologías —que logran rescatar su antigua acepción laurífera— de esta poesía de mujeres cubanas publicadas en el último lustro en Canadá, Inglaterra e Italia ⁴⁰. La maestría de esta promoción femenina sólo es comparable a la excelsa representación, menos estable, de nuestra literatura romántica.

⁴⁰ La primera y más completa de estas antologías es la editada y traducida por Margaret Randall (Vancouver: Ed. Pulp Press, 1982). Más actualizadas son las publicadas en Roma por la Ed. Dataneuws, a cargo de Valeria Cura, y en Londres, este año, por la cubana residente Clara Fernández Aragón.

Las profecías literarias le plagian a los ecos esa paciencia implacable con que el tiempo verifica su espacio. Nuestra generación tal vez pueda refinar sus especificidades y hasta sus propias limitaciones. Sus contenidos espirituales —corporizados por ahora en un nivel ético— ya patentan una poesía apasionadamente antropocéntrica cuya sinceridad es garantía de un diálogo renovador, caracterizado por el reconocimiento mutuo y por la transparencia. Su retraimiento de la luminosa vorágine de la novedad puede permitirle trascender la actual «falacia expresiva» del complot suicida entre Nietzsche y Narciso. Nuestra poesía podrá volver al momento-otro de nuevas fundaciones y en su cultivada precocidad desbancar nuestra memoria histórica e inaugurar con la palabra, sobre el pan de cada día, el resplandor salvaje de la trascendencia:

Los soñadores siguen tocando el dulce cuerpo
del agua y su diamante ⁴¹.

Es una historia triste
jugar a ser perfectos ⁴².

⁴¹ Ramón Fernández Larrea, del poema «Resumen a la manera de Auden».

⁴² Damaris Calderón (Matanzas, 1967), del poema «Esta será la única mentira en la que siempre creeremos».